

Ante la Jornada *Pro Orantibus* y el X aniversario de la beatificación de siete salesas mártires

El corazón de la ciudad

El Primer Monasterio de la Visitación de Madrid se llenó, el pasado sábado, de gente que celebraba el X aniversario de la beatificación de siete Hermanas mártires de 1936. Las rejas de su clausura –explican– no las separan del mundo, sino que son un vínculo de unión

La primera frase de la Hermana María Mercedes es: «Nuestro esplendor está en no tenerlo». Con motivo del X aniversario de la beatificación de siete Hermanas mártires de la Orden de la Visitación, que se celebró el pasado sábado día 10, sólo pensaban editar un tríptico. La intervención del capellán del monasterio fue la que transformó esta intención en una jornada de oración por las vocaciones, que contó con la asistencia de bastante público.

Como dice el título de la versión francesa de un libro sobre aquellas siete mártires, esta comunidad se encuentra *En el corazón de la ciudad* de Madrid. «Y, en cierto sentido, debemos ser el corazón de la ciudad», afirma, con cierto pudor, la Hermana María Belén, que explica que, «en el origen de muchas vocaciones a la vida contemplativa, está el deseo de ser misionero y llegar a todas partes». Las rejas de su clausura no son una separación, sino un vínculo: «Muchas veces vienen grupos, del centro del *Opus Dei*, de la Congregación Mariana, de la Milicia de Santa María...» En una de las celebraciones de la Eucaristía del pasado sábado, hubo también un grupo de estudiantes que se van a confirmar en breve. Aunque su iglesia no está abierta tanto tiempo como antes, siempre que lo está, entra gente.

Esta unión entre la clausura y *el mundo* viene de siglos atrás. Signo de ello es el enorme papel que la Orden de la Visitación ha jugado en la difusión de una de las devociones más extendidas de la Iglesia: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, revelada a una Hermana de la Orden, santa Margarita María Alacoque, en el siglo XVII, y que, con las raíces tan escondidas, creció como un gran árbol por todo el mundo. Cuando la devoción decayó, en el siglo XIX, Dios buscó a otra salesa, la Hermana María del Sagrado Corazón, para relanzarla con la Guardia de Honor, que el año pasado recibió 900 adhesiones sólo en España. La Guardia la forman todo tipo de personas, «desde muy sencillas, hasta directivos de bancos», jóvenes, niños, familias enteras, santos y Papas –incluido Juan Pablo II–, que se comprometen a dedicar una hora al día al Sagrado Corazón, ofreciendo lo que estén haciendo como muestra de amor y desagravio.

La razón de este contacto con tantas realidades es –explican las Hermanas– que «la gente necesita oraciones» y, «en el fondo, está sedienta de Dios». Reciben peticiones hasta de Malasia e Indonesia, y cada día llegan nuevas solicitudes de incorporarse a la Guardia de Honor. Eso hace que todo el trabajo añadido que supone dar a conocer su espiritualidad, especialmente en ocasiones especiales como la Beatificación, el X aniversario de ésta, o el IV centenario de la Orden, que será en 2010, sea un *trabajo gozoso*, aunque también un *sacrificio*, reconoce la Hermana María Belén.

Otra ventana con el mundo exterior son las Hermanas externas, una peculiaridad de la Orden: religiosas que viven con ellas, pero no obligadas a la clausura, por lo que dedican parte del día a hacer recados. En el grupo de las mártires había dos Hermanas externas, además de las Hermanas legas y de coro. Así, en un grupo tan reducido, se resumía toda la identidad de la Orden.

Las Hermanas externas pudieron asistir a la beatificación de las siete mártires en Roma, en 1998. Las demás, con sus pañuelos conmemorativos al cuello, se reunieron alrededor de una televisión que apenas encienden una vez al año, para ver la bendición pascual del Papa. También hicieron tocar las campanas cuando llegó el momento de descubrir los tapices. Pero, en Ro-

ma, en Madrid, o en cualquiera de los más de 150 monasterios que tienen en 34 países, «todas palpitábamos como un solo corazón grande», recuerda la Hermana María Mercedes.

Hasta que entró en la Orden de la Visitación, la Hermana María Belén no conocía la existencia de la Jornada *Pro Orantibus*. Entonces, se celebraba el día de Santiago Apóstol. La Hermana María Mercedes se alegra de que haya pasado al día de la Santísima Trinidad; le parece más apropiado y, además, coincide con la jornada litúrgica en la que se fundó su Orden. El que la Iglesia dedique un día a orar por los que oran es para ellas un signo más de la «comunidad de los que queremos ser santos», y de que la reja es, en realidad, un vínculo de unión. «Y también necesitamos que recen por nosotras», subraya la Hermana María Belén.

María Martínez López

Una comunidad martirial

Cuando la mayoría de la comunidad del Primer Monasterio de la Visitación marchó a Navarra, al comienzo de la Guerra Civil, siete se quedaron en Madrid para seguir atendiendo, en lo posible, el monasterio y el culto. Pensaban irse turnando, pero sólo se produjo un relevo. Desde la casa donde se habían refugiado, vieron arder su convento. Estaban denunciadas desde agosto, pero no fueron apesadas hasta noviembre. Al marcharse la Madre superiora, el grupo había hecho ofrenda de su vida. No quisieron separarse ni comprometer a nadie, así que rechazaron las ofertas de ponerse a salvo, a pesar de saber a ciencia cierta que corrían peligro, lo que las convirtió en «una comunidad martirial». El día anterior a su detención, unos milicianos se habían despedido de ellas *hasta mañana*. Tras pasar esa noche en oración, pudieron afirmar a la portera: «Nuestras cuentas están cerradas», y recibir el martirio con alegría, aunque algunas eran muy miedosas. «Su testimonio nos estimula mucho», afirman las Hermanas María Belén y María Mercedes.